

Reflexiones a propósito de Liliana Mercenario Pomeroy

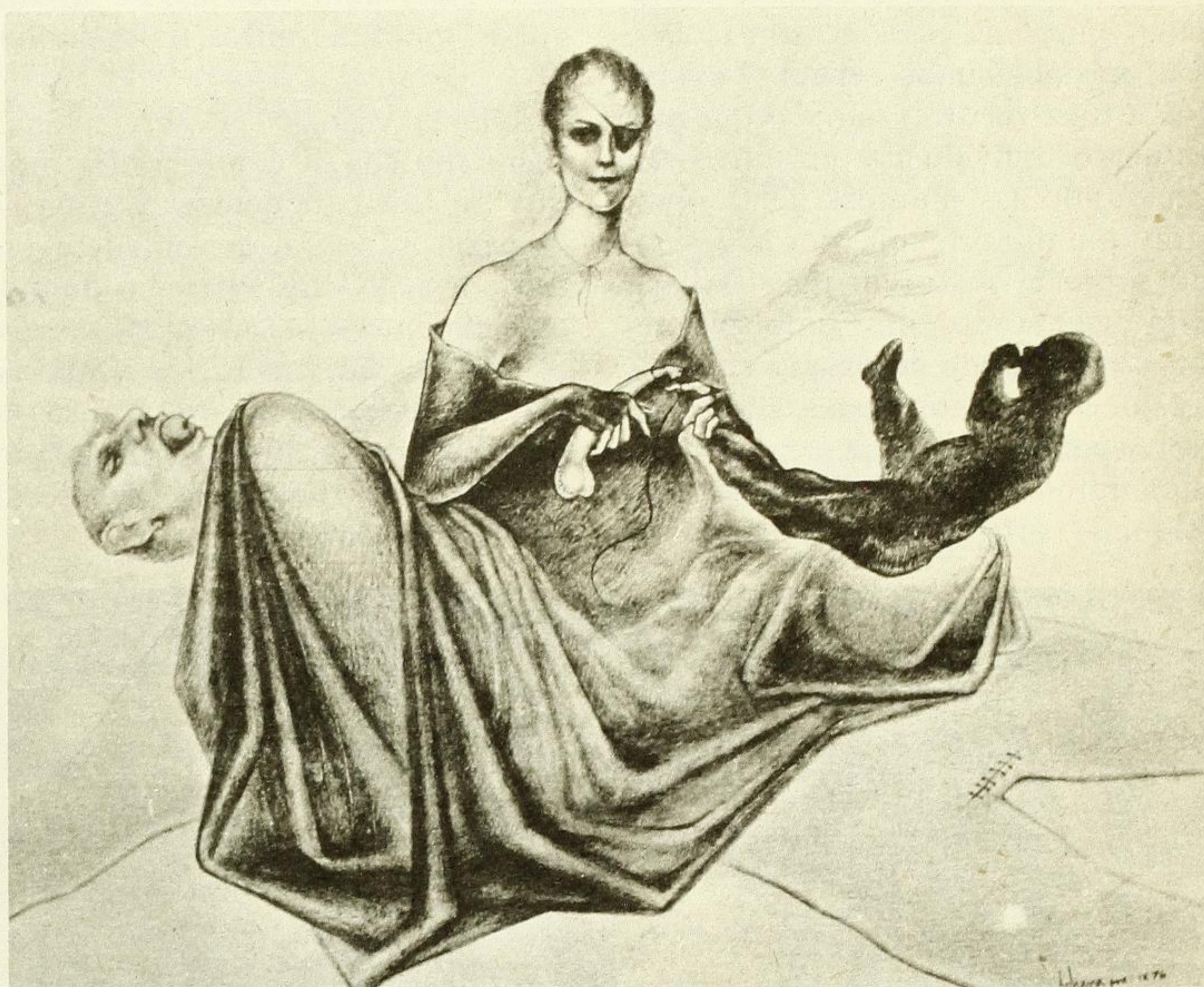
Sofía Rosales

Intentar ofrecer una imagen de Liliana Mercenario Pomeroy obliga a describirla sucinta pero cuidadosamente; así surge la primera pregunta ¿cómo definirla? ¿Como dibujante, pintora y grabadora? ¿Por su juventud engañosa que oculta un alma femenina de sabiduría antigua? ¿Por su exterior un tanto añorado que hace pensar en la inocencia atribuida indiscriminadamente a las jovencitas, o por su carácter retraído pero terriblemente sólido? ¿Por su habilidad poco común para el dibujo y sus personajes alucinantes y alucinados que recuerdan de alguna manera las mejores narraciones de Poe, Lovecraft, Bloch o antiguas historias de princesas y caballeros oscuros o luminosos?

¿Tal vez por la fina ironía de sus cuadros con la cual sacude las “buenas conciencias” o por su espíritu atormentado con todas las dudas que pueden agobiar al humano? ¿Por sus esfuerzos y logros de mujer nueva que está dando el difícil paso hacia la ansiada identidad-dignidad femenina?

¿Tal vez por su atracción hacia el arcano y lo enigmático, o por su apasionada y fogosa curiosidad ante la vida? ¿O por la innata rebeldía ante el cúmulo de conformismos que intentan devorarla? ¿Quizás por su pintura con la que conjura sus propias experiencias vitales, o aun como joven madre, consciente y responsable de la tierna materia humana que ella debe moldear, sin abandonar por ello su vocación?

¿Resulta tan difícil capturar a un ser humano, su verdadera esencia, en la frágil telaraña que bordan las palabras. . .! En el caso de Liliana es como querer aprisionar en tan ilusoria red una chispa de fuego: se



escapa irremisiblemente y sólo quedan algunas siluetas imprecisas.

Sólo su producción artística alcanza a ser objeto de análisis, y de entrada podemos asegurar que sus dibujos y pinturas resultan poco comunes. No participan de las veleidades y caprichos que en la actualidad agobian y ahogan la expresión plástica en nuestro medio y que dejan al espectador con una sonrisa que quiere ser de entendimiento y sólo consigue ser de perplejidad. No. Liliana dibuja y pinta con oficio y técnica y es sumamente rigurosa en su quehacer expresivo. En su obra ha tomado la figura humana como eje y código primario, y el verismo que ésta exige en su representación no le permite trampas o improvisaciones.

El lápiz, la tinta o el óleo son solamente medios dóciles para que

la superficie blanca cobre volumen, espacio, profundidad y se llene de personajes y presencias evanescentes que reproducen, en ese pequeño plano, los infinitos atributos de la vida, pero magnificados por la voluntad de la artista. No faltará quien catalogue a Liliana de arcaica o anticuada —puesto que no admite el calificativo de “modernista” y mucho menos el de “vanguardista” —pero es muy saludable recordar que la calidad no tiene época y que el reloj por el que se maneja el verdadero y único Arte, marca tiempos muy ajenos al devenir de las modas efímeras.

Con ánimo alquimista —no puede ser de otro modo—, esta mujer va devanando su madeja interior mientras, a manera de conjuro, de sus manos surgen las obras siempre bellas, pero sin referirse a la belleza

intrascendente del cromo sino a la belleza que posee lo vital, lo tremendo, lo doloroso, lo verdadero...

La experiencia de poder captar los fragmentos de su propio ser que ella brinda en sus trabajos es aleccionadora, ya que ahí se manifiesta el espíritu que alienta a una mujer para quien las cosas no son fáciles, y al mismo tiempo refleja el espíritu de muchas otras mujeres que con esfuerzo individual y colectivo van socavando las murallas de la opresión que durante milenios han pesado sobre el sexo femenino. Liliana está inventando, dibujando, pintando y modelando su propio camino, ya que se ha rehusado a seguir caminos ajenos. Se tropezará con la incompreensión, se dolerá de la intolerancia, sufrirá el aislamiento en

que se confina al Ser que es diferente y la crítica con que se castiga a quien se atreve, pero su situación en general es la de toda mujer que ha despertado: su conocimiento no puede desvanecerse y tampoco volverse atrás; sólo queda seguir adelante derribando a cada paso vendas, yugos, mentiras, mitos, limitaciones.

Liliana escogió el Arte además como prueba y como *medio*, porque si bien podemos aceptar o rechazar su obra, la verdadera importancia de esos lienzos o dibujos es realmente *el acto creador de ella*, el que les dio concreción y que en forma inversamente recíproca le permitió a ella dilucidar un pequeño pero importantísimo aspecto de su propia existencia.

De esto se infiere que la obra nunca es más importante que quien la realiza, no importa lo que se piense o diga al respecto. El arte sincero, el único que merece ese nombre, jamás es un fin en sí mismo como objeto, sino una consecuencia de profundos, ocultos e inexplorados fenómenos espirituales que tienen lugar en el interior de ciertos seres —hombres y mujeres— que poseen una cualidad muy específica: la de ser buscadores de Verdades, la de tener siempre abiertos y expectantes los ojos del corazón.

Liliana posee esa cualidad y pagará el alto precio que la Vida exige a estos seres marcados: el dolor constante de jamás poder volver el rostro ante la Verdad, de jamás poder fugarse aludiendo ignorancia, ni refugiarse en la inconsciencia, en lo fútil, en lo vacío. . . su terrible condena es que jamás mientras viva, dejará de VER y de SENTIR, con todo el sufrimiento que ello implica.

Sin embargo esos procesos son privativos del mundo anímico de la artista; a nosotros nos quedan los vestigios materiales de sus vivencias: su obra invita a dejar de lado una primera impresión superficial para adentrarnos con afán analítico y justo en los planteamientos aparentemente crueles o sardónicos, aparentemente dulces y exquisitos, dejando atrás la superficie pictórica hasta aprehender el alma imbricada en la forma y el color, la crítica, el reclamo, el dolor que su creadora ha plasmado ahí y que consecuentemente es su generosa aportación para que los humanos cobremos conciencia de los errores que están acabando a la Humanidad.

Alegrémonos de contar en estas generaciones femeninas avocadas definitivamente al cambio, con espíritus tan selectos como el de esta joven y valiosa pintora, que con su búsqueda nos afirma que no existen más limitaciones que las que aceptamos ni más cadenas que aquellas que no somos capaces de dejar a un lado. *Jem*

